





LA CAÍDA DE LOS DIOS





LA CAÍDA DE LOS DIOSES

La catastrófica infalibilidad de Hitler



David Solar



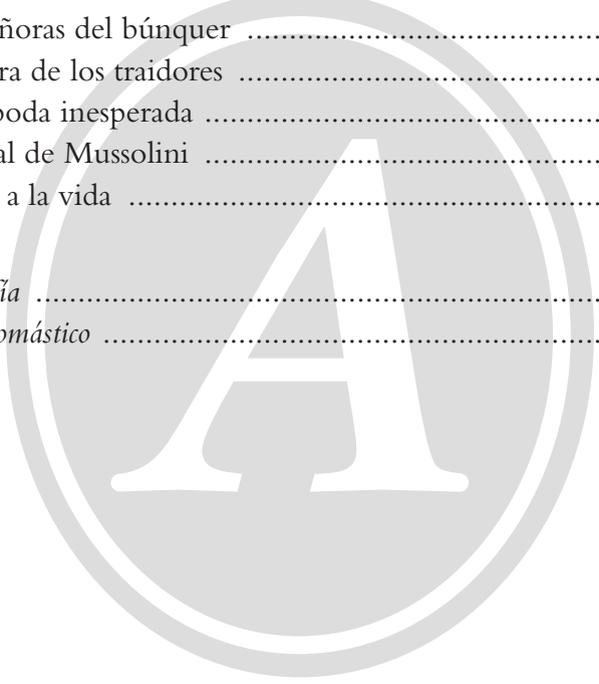
Índice

<i>Introducción</i>	13
Capítulo I. EL DESFILE DE LA VICTORIA	21
Un verano maravilloso	24
Días del águila: misión imposible	30
Franco, Pétain, Mussolini	34
Un visitante incómodo	38
La oportunidad perdida: Operación Félix	41
Capítulo II. TIEMPO DE ESPEJISMOS	51
Barbarroja: Hitler se atraganta	54
Amanecer en Pearl Harbor	60
Churchill, acorralado	62
¡Qué Dios bendiga esta empresa!	66
El Alemein: demasiado para el Zorro del Desierto	67
Responso	81
España implicada: Operación Backbone	83
Operación Torch	87
Capítulo III. 1942: LA GUERRA CAMBIA DE SIGNO.	
LA OBCECACIÓN DE HITLER	95
El infierno se llama Stalingrado	97
Obsesión suicida	103
La revancha	107
Stalingrado, la historia desaparecida	116

Capítulo IV. EL ÚLTIMO SUEÑO DE VERANO	119
Los generales, en contra	120
Problemas, problemas	124
La epopeya de los tanques	129
¡Italia tiene que luchar!	134
Capítulo V. EL DERRUMBE DEL COLOSO	139
¿Todo ha terminado?	142
La libertad llega del cielo	149
La real desbandada	158
Roma, <i>città aperta</i>	164
Armisticio envenenado: el crimen de Cefalonia	169
Matanza en las Fosas Ardeatinas	178
Capítulo VI. LOS DIENTES DEL LOBO	183
Una papeleta para Rommel	186
Un simple general de dos estrellas	192
Corazón herido	196
Un español llamado Garbo	202
Esperando un milagro	204
La venganza costó muy cara	208
Váyase, señor mariscal	210
El heroísmo no basta	214
Atentado en la Guarida del Lobo	217
El camino de París	225
Capítulo VII. TEMPESTAD EN EL ESTE	235
Los finlandeses pelean y juegan	236
Peor que Stalingrado	240
Pánico en el Báltico	249
Los dioses no están muertos	254
El Conducator visita Palacio	258

Adiós al Olimpo	262
Hungría, criminales prioridades	265
Bismarck hubiera capitulado	268
La hora del adiós	274
Capítulo VIII. HITLER JUEGA MAL Y PIERDE. LA BATALLA DEL ATLÁNTICO	279
La hora de los tiburones	285
La última singladura del <i>Graf Spee</i>	289
Operación Bismarck	295
El fiel de la balanza	305
Inventando la muerte	312
El gran duelo	316
El último desafío	319
Pilotando la derrota	325
Condenados a muerte	332
Capítulo IX. LOS DÍAS DEL APOCALIPSIS	339
Todo o nada en las Ardenas	340
Bajo las bombas	343
Más hambre que dientes	345
Puré de guisantes	347
Operación Grifo	349
«¡Váyase al cuerno!»	352
Pánico en el este	355
Noticias de Yalta	359
En el ojo de la ira	364
La muralla de los nibelungos	369
El último cartucho	377
Ocaso nibelungo	382

Capítulo X. EL OCASO DE LOS DIOS	395
Penúltima fantasía	396
El Eje se fractura en Italia	399
En manos de astrólogos	403
Berlín vencerá o no será	409
El pueblo alemán debe ser aniquilado	412
El último cumpleaños	416
Me quedo a morir en Berlín	422
Las señoras del búnquer	427
La hora de los traidores	435
Una boda inesperada	440
El final de Mussolini	445
Adiós a la vida	449
<i>Bibliografía</i>	459
<i>Índice onomástico</i>	465



*Soha, veinticinco años no son nada,
ya lo decía el tango.*





Introducción

El día en que capituló Francia, Hitler había ganado la guerra. Aparte del territorio nacional —las unificadas Alemania y Austria—, dominaba Noruega, Polonia, Checoslovaquia, Holanda, Bélgica y Francia. Era aliado de Italia, tenía relaciones muy amistosas con España, cuyo jefe del Estado, Francisco Franco, le debía la victoria en la Guerra Civil. Se aprestaba a cerrar acuerdos o a ocupar Dinamarca, Rumania, Hungría... Tenía un tratado con Stalin, por el que se habían repartido Polonia, y recibía de la URSS todo tipo de materias primas...

Se ha dicho reiteradamente que la «pequeña» Alemania sucumbió aplastada por el peso de medio mundo. Y eso es verdad sólo a partir de finales de 1941. Antes no. En 1939, en vísperas del ataque a Polonia, Alemania era un Estado con ochenta millones de habitantes, que se hallaba a similar altura que Gran Bretaña y Francia —cuando no por delante— en cultura, ciencia, economía, industria, tecnología, comunicaciones, presupuestos militares... Durante los cien días que le costó apoderarse de Polonia, Noruega, Bélgica, Holanda y Francia, demostró que se hallaba muy a la cabeza en cuanto a concepción moderna de la guerra. Así, el 21 de junio de 1940, cuando Francia capituló en Compiègne, se encontró dueño de un inmenso territorio —con enormes reservas humanas, industriales, económicas, agrícolas, mineras— que, en determinadas circunstancias, colaboraría o se resignaría a trabajar para el esfuerzo militar del ocupante.

En aquel momento comenzaban a cristalizar las ambiciones e ilusiones de Hitler: la victoria que le permitiría realizar los

sueños esbozados en *Mein Kampf*, la revancha por la derrota que sufrió como soldado en la Gran Guerra, el reconocimiento universal de la superioridad aria y, sobre todo, de su genio universal e innato. De niño, quiso tocar el piano e, incluso, le compraron uno, pero sólo tomó unas clases porque él, Adolf Hitler, no tenía por qué someterse a tan estúpido aprendizaje, pretendía ser un fantástico pianista por inspiración divina. Quiso ser arquitecto, pero nunca terminó los estudios que le facultaban para entrar en la Escuela de Arquitectura, lo que le hizo abominar del sistema, pues se consideraba un arquitecto genial desde la cuna. Algo similar le pasó cuando fue rechazado en la facultad de Bellas Artes. Esas negativas a reconocer su genialidad original, su mesianismo, le condujeron a creerse un incomprendido, un perseguido y se convirtió en un resentido social... Pero, tras la capitulación francesa en Compiègne, todo aquello quedaba enterrado en el pasado ominoso de Viena y Munich.

En los gloriosos días de la victoria de 1940, Hitler se consideraba un héroe wagneriano. Su voluntad y su genio habían forzado la victoria sobre el destino, superando todos los obstáculos opuestos en su camino por seres maléficos. El pintor de postales de Viena, el humilde cabo de la Gran Guerra, se había alzado con un partido político e, incluso, se había atrevido a asaltar el poder en Munich, en 1923. Entonces fue vencido, pero aprendió, forjó un poderosísimo partido y, una década más tarde, se convertía en líder de la oposición y lograba que el mariscal Hindenburg le entregara la Cancillería.

Desde 1933, en sólo seis años, había devuelto a Alemania a la preeminencia europea perdida en la Primera Guerra Mundial: fin de las zonas de ocupación, remilitarización de Renania, rearme hasta convertir Alemania en primera potencia militar continental; trabajo acelerado para la industria pesada, intensificación de las obras públicas, consiguiendo que las carreteras y los ferroca-

rriles del Reich volvieran a ser la envidia de Europa... Tras la victoria sobre Francia, Hitler se creía Dios. Había cumplido su promesa de unir a los alemanes y terminar con las escisiones del territorio nacional: anexión de Austria, de los Sudetes, de Memel, del Corredor de Danzig... En fin, en tres campañas militares, en sólo cien días, había conquistado Polonia, Noruega, Bélgica, Holanda y Francia. Y Gran Bretaña, si sabía lo que le interesaba, no tardaría en solicitar el armisticio... Y todo ello gracias a su talento, a su genialidad innata, pues sus estudios se limitaban al segundo grado escolar. Y lo mismo que, sin formación superior en ciencias políticas, derecho o economía, había realizado todo aquello, sin haber acudido a una academia militar, con su simple experiencia como combatiente en la Gran Guerra, también se había convertido en el mayor genio militar de Alemania...

Ése era su esquema argumental en aquellos días victoriosos del comienzo del verano de 1940... Pero, ¿cómo era realmente Hitler desde el punto de vista militar? Quizá quien mejor le conoció y más le sufrió fue el jefe de Operaciones del Alto Mando de las Fuerzas Armadas (OKW), Alfred Jodl. Interrogado durante el Proceso de Nuremberg sobre la responsabilidad de Hitler en las órdenes militares, respondió: «Desde el primer día. Todas las decisiones que revestían alguna importancia las tomaba él personalmente.»

Al referirse al talento de Hitler en la conducción de la guerra, Jodl no dudó en atribuirle los grandes éxitos iniciales:

Uno de sus grandes aciertos fue ocupar Noruega. Otra gran hazaña suya fue la decisión de atacar Francia por Sedán, que tomó por su cuenta y riesgo, y contra la recomendación de su Estado Mayor, que le había instado en pleno a seguir el Plan Schlieffen [...] Pero su mayor triunfo militar puede que fuera su intervención personal para detener la retirada alemana en el este en noviembre *[sic]* de 1941. Ningún otro lo habría conseguido.

El mariscal Wilhelm Keitel, jefe del OKW, se contaba también entre quienes mejor conocieron a Hitler desde el punto de vista militar, pues estuvo a su lado durante toda la guerra y sus prolegómenos. En Nuremberg, le calificó de «genio». Luego puntualizó:

Para mí un genio es un hombre con una habilidad extraordinaria para escudriñar el futuro, con una gran capacidad para advertir las cosas, con un conocimiento exhaustivo de la Historia y de las cuestiones militares... En ese sentido, creo que Hitler era un genio [...] Poseía una fuerza de voluntad fuera de lo común y, cuando algo se le metía en la cabeza, tenía que conseguirlo.

Erich von Manstein, uno de los generales alemanes más competentes, que trató a Hitler entre 1940 y 1944, declaró en ese proceso: «Tenía una personalidad extraordinaria. Era un hombre de una inteligencia excepcional y de una fuerza de voluntad fuera de lo común.» Manstein fue, precisamente, como jefe del Estado Mayor de Von Rundstedt, quien sugirió la posibilidad de la ofensiva contra Francia a través de Luxemburgo, por el territorio de las Ardenas, al que Hitler se adhirió, imponiéndola a la Wehrmacht.

Otro de los militares importantes del III Reich, el gran almirante Dönitz, atribuía a Hitler «una cabeza extraordinaria [...] una memoria fuera de lo común. Recordaba todo lo que leía. [...] Por ejemplo, conocía de memoria todos los buques de los Aliados y sus características».

Sin embargo, en la preparación de la guerra se pueden analizar decenas de imprevisiones y decisiones desacertadas de Hitler y lo mismo durante el conflicto. Refiriéndose a éste, Jodl creía que los errores no los cometió al comienzo:

Sin embargo, en 1942, durante la campaña estival de Rusia llegué a la conclusión de que el Führer no tomaba decisiones sensatas. [En esa

época] se quejaba constantemente de dolor de cabeza, y así ocurría que un día daba órdenes y al siguiente, cuando ya se habían cumplido, abroncaba a los del OKW por haberlas obedecido...

Jodl, que fue ejecutado en Nuremberg, no perdió su simpatía por Hitler ni siquiera en aquel trance, porque, según el psiquiatra que le visitó en su celda, era «un hombre frío, terco como un buey y obsesivo». Pero, a la vez, era un militar muy inteligente y competente; por tanto, también reconocía las limitaciones militares del Führer:

En realidad, lo que quedó claro desde que tomó el mando supremo es que lo que más le faltaba era la experiencia de una larga carrera militar, desde la base hasta la cima [...] Participó en la guerra de trincheras del conflicto anterior y conocía esa forma de guerra muy bien, pero carecía de experiencia real de la guerra móvil y de las dificultades que se originan en las comunicaciones, en las imprevisibles condiciones de esta guerra. En consecuencia, tendía a pasar por alto las dificultades de ejecución de algunas de las operaciones que había planeado.

Es decir, militares competentes que le trataron le reconocían inteligencia, memoria, intuición, previsión, voluntad...Y, sin embargo, cometió tantos errores que, al final, perdió la guerra que tenía ganada en junio de 1940, cuando Gran Bretaña se quedó sola ante el Imperio que había forjado Hitler. Cierto que Gran Bretaña era una gran potencia colonial y que disponía de una formidable flota, pero esa fortaleza era, también, una debilidad, pues para abastecer a la metrópoli, desde la que se alimentaba la guerra, eran necesarios suministros próximos a los cincuenta millones de toneladas al año, es decir, no menos de 10.000 barcos mercantes medios de la época. Pero Hitler no acertó a cortar ese cordón umbilical del Reino Unido. El talento político-militar desplegado por Londres hubiera sido insuficiente para mantenerse en pie ante

Alemania, de no haberse producido en Berlín un sinnúmero de fallos políticos, diplomáticos, militares e industriales.

Hay errores capitales muy conocidos, sobre todo el ataque a la URSS y la declaración de guerra a EE.UU. Existen, también, numerosas batallas cuyos deficientes planteamientos condujeron a estrepitosas derrotas: la batalla de Inglaterra, la de Stalingrado, el desvío hacia el sur del golpe dirigido contra Moscú, el feroz desgaste de la Wehrmacht en Kursk, los errores de Normandía...

Y hay centenares de decisiones erróneas imputables, también, a Hitler: operaciones trascendentales, como Félix o Malta, que no emprendió, o campañas imposibles que no debió acometer, África, por ejemplo; las rectificaciones que no permitió, a costa de la aniquilación de ejércitos enteros; los temores de «cabo de infantería» que le llevaron a perder oportunidades, como la de Dunkerque, o a reasegurarse, como en el caso de Noruega, a la que dotó de una extraordinaria protección artillera y naval, en detrimento de Normandía y de la batalla del Atlántico; en el rearme naval, la absurda denuncia del Tratado de Londres, la conservadora elección de cañones y blindajes frente a submarinos y portaaviones; las limitaciones de la Luftwaffe y su pérdida de competitividad a lo largo de la guerra, originadas por el abandono en manos de Göring de «todo lo que volaba», por la opción, en su detrimento, a «las armas prodigiosas» que nada resolvieron, perjudicada por su «intuición infalible», que retrasó el desarrollo del caza a reacción ME-262, tratando de reconvertirlo en bombardero cuando ya estaba listo para operar.

Otros errores fueron provocados por la vesania criminal del propio Hitler, como la destrucción sistemática de Londres, abandonando la de los aeropuertos y bases aéreas británicas, en 1940; el empleo de las V-1 contra la capital inglesa, cuando su utilización contra los puertos de embarque hubiera podido causar importantes pérdidas en la flota de invasión de Normandía, en

1944. Y, en el ámbito de esa locura homicida, nada tan criminal como la puesta en marcha de la Solución Final, del exterminio de cinco millones de judíos que, aparte de su faceta genocida, supuso un evidente gasto de fuerzas y medios utilizables en el campo militar.

De todo eso trata este libro, que comienza justamente cuando, derrotada Francia, Hitler había ganado la guerra. A partir de ahí, se profundiza en su mal empleo del tiempo, de los planes, de la colaboración con sus aliados italianos, del fatal manejo de sus relaciones preferentes con Franco... Capítulo aparte merecen dos campañas de triunfal inicio y desastroso fin: África y Rusia; el desplome de Italia, la apertura aliada del frente francés, el fracaso en Rusia, la feroz batalla del Atlántico y, finalmente, la desesperada e inútil resistencia sobre las ruinas del Reich, hasta la muerte en el búnquer. En esos meses postreros de la guerra, jugando a todo o nada, tratando de vencer en una guerra que ya había perdido dos años antes, causó los mayores males al futuro de Alemania: en vez de acumular todos sus medios en la defensa de sus fronteras del este, quemó sus últimos cartuchos en las Ardenas y Hungría, obstaculizando el avance aliado y dando opciones al soviético.

Éste es un libro crítico sobre lo que pasó y se mueve en las posibilidades que se dieron en la realidad, aunque se permita algunas ucronías, es decir, unos pocos análisis de lo que pudo ser y no fue, pues me parecen lícitos porque los planes estaban sobre la mesa.

Las fuentes empleadas son, preferentemente, las memorias de numerosos protagonistas, como Churchill, Speer, Dönitz, Montgomery, Guderian, Kesselring, Manstein, Mellenthin, Skorzeny, Tedder o Westphal; las notas de Ciano, las conversaciones privadas de Hitler, los dietarios de las reuniones de guerra del Führer, las entrevistas e interrogatorios de Nuremberg; los estudios sobre

el III Reich, preferentemente los de Kershaw, Steinert, Gellately, Burleigh, Bullock, Gallego, Trevor Roper y Toynbee; las biografías de numerosos protagonistas: Hitler, Churchill, Stalin, Roosevelt, Mussolini, Ciano, Rommel, Göring, Montgomery y Eisenhower; las monografías sobre acontecimientos o batallas, como las de Inglaterra, El Alemein, Stalingrado, Normandía, Creta, las Ardenas o Berlín; las enciclopédicas historias generales sobre la guerra, como las de Eddy Bauer, Arrigo Petacco, Claude Bertin o la síntesis de Murray y Millett, o sobre el final del III Reich, como la extraordinaria investigación de Jurgen Thorwald, *Comenzó en el Vístula y terminó en el Elba* o la de Joaquin Fest, *El hundimiento*; las historias especializadas sobre las marinas y las aviaciones contendientes; los análisis de Liddell Hart y Fuller; las crónicas periodísticas ejemplares, como la de Alexander Werth o la de Alan Moorehead. A todos sus autores y editores, mis más expresivas gracias, pues les debo la mayor parte del material utilizado en el libro.

Capítulo I

EL DESFILE DE LA VICTORIA

El 14 de junio, tropas alemanas penetraban a tambor batiente por los Campos Elíseos, ante el asombro y el temor de los parisienses. Mientras, el general en jefe del Ejército francés, Maxime Weygand, urgía a su Gobierno, reunido en Burdeos, una solución inmediata, pues sus unidades se estaban desintegrando: «Continuaré la resistencia si me lo ordenan, pero debo decir que hemos perdido la guerra.» En medio del marasmo general, el ejecutivo francés debatía si rendirse o resistir. Pese a la catarata de noticias, a cual peor, sobre los reveses militares que sus tropas padecían en todos los sectores, el primer ministro galo, Paul Reynaud, rechazaba aceptar lo inevitable y pretendía alentar la resistencia para hallar una línea negociadora. Alguien le disuadió desabridamente: «¡Usted confunde a Hitler con Bismarck! Hitler no se contentará con Alsacia y Lorena... ¡Hitler es Gengis Khan!»

Durante dos días se sucedieron los debates. Una parte del Gobierno —con De Gaulle, subsecretario de Defensa, a la cabeza— pretendía resistir a toda costa en Bretaña, reuniendo en esa región cuantas fuerzas pudieran salvarse y, contando con el apoyo aeronaval británico, reiniciar desde allí el contraataque. Era un proyecto utópico, pues los alemanes se acercaban a la zona rápidamente y hubiera sido imposible un repliegue importante; por otro lado, Churchill, que animaba a los franceses a una resistencia a ultranza, no podía ofrecerles tropas, armas, ni un decidido apoyo naval, ni mucho menos las veinticinco escuadrillas aéreas que pedía Weygand, porque intuía que todo ello sería tan inútil

para cambiar el curso de la lucha como vital para la supervivencia de Gran Bretaña. Más aún, el plan de De Gaulle fue desestimado por los británicos, pues les parecía que sólo hubiera dado lugar a otro Dunkerque, de peores consecuencias con toda seguridad.

En aquellas jornadas angustiosas Francia solicitó la inmediata intervención militar norteamericana. Era otra quimera. EE.UU. no estaba preparada para una guerra y, políticamente, la mayoría de sus congresistas y senadores eran aislacionistas cuando no abiertamente antiintervencionistas. El presidente Franklin D. Roosevelt remitió a Burdeos sus mejores deseos y su apoyo moral en aquellas «horas terribles», pero declinó toda intervención militar, que «sólo el Congreso puede decidir».

Ante su evidente soledad, a una de las facciones del ejecutivo —con el primer ministro Reynaud al frente y De Gaulle aceptando la idea— propuso trasladar el Gobierno a Argel, con la flota y cuantas tropas pudieran salvarse, para proseguir desde allí la guerra. Parecía realizable: aún hubiesen podido despegarse del frente algunas divisiones, rebañar los efectivos armados que se hallaran en las zonas costeras y portuarias y establecerse en Argel, donde se contaba con tropas europeas y coloniales...

No era demasiado, pero la potente flota francesa —quizá superior a la italiana y la alemana juntas—, estaba intacta y, además, aún contaban con unos centenares de aviones... Es decir, bases, tropas y medios suficientes para haber dominado el Mediterráneo en combinación con la flota británica, a la espera de tiempos mejores. Por otro lado, el Gobierno disponía aún de sus reservas de oro y metales preciosos que, junto con las de Polonia y Bélgica, estaban en Burdeos, bajo la custodia del Banco de Francia.

El plan no se realizó. Aparte de las dificultades propias que, en aquel ambiente de derrota, entrañaba el proyecto, gran parte de los militares se oponía a él porque la prolongación de la resis-

tencia hubiera costado mucha sangre y porque, con el Gobierno en Argel, el Ejército hubiera debido hacerse cargo de la capitulación en la metrópoli, convirtiéndose ante la opinión pública en el único responsable de la derrota, cediendo a los políticos el papel de resistentes y patriotas.

En esos agobios y mezquindades, al final se impuso el criterio del mariscal Philippe Pétain, que se había hecho cargo de la vicepresidencia a comienzos de junio: el lugar del Gobierno estaba en Francia, porque «La patria no se lleva en la suela de los zapatos». Por tanto, había que solicitar el alto el fuego y defender lo que se pudiera en el territorio metropolitano. Era el final. Los depósitos de oro fueron enviados a Canadá y EE.UU. el 16 de junio y, al día siguiente, Pétain sustituyó a Reynaud en la jefatura del Gobierno y solicitó el armisticio, encargando de la gestión mediadora a España.

Hitler se hallaba en Brûli-de-Pêche, un pueblecito belga abandonado, donde se habían levantado unas viviendas prefabricadas. Allí, a pesar del fastidio de los mosquitos, vivió medio mes feliz, bailando, riendo y dándose palmadas en los muslos cada vez que recibía la noticia de un nuevo éxito. En aquellos días nombró gobernador de Holanda al abogado austriaco Arthur Seyss-Inquart, con la orden de remodelar el país según la mentalidad nacional-socialista. Más fortuna tuvieron los belgas —cuya resistencia admiró a Hitler— que recibieron como gobernador al general Alexander von Falkenhausen, cuya moderada actuación terminaría por hacerle caer en desgracia en 1944.

La principal preocupación de Hitler hasta el armisticio fue redactar el documento de la capitulación francesa y planear la ceremonia que debía acompañarla. Por eso, al enterarse de la petición de Pétain «... se puso tan contento que dio un saltito. En mi vida le había visto ceder de tal manera a sus impulsos», anotó en

su diario un ayudante de Alfred Jodl, jefe de Operaciones del Comando Supremo de la Wehrmacht (OKW).

Un verano maravilloso

El 21 de junio llegó la delegación alemana al bosque de Compiègne, siendo recibida por la banda de un regimiento alemán a los acordes del *Deutschland über Alles*, el himno nacional alemán. Allí, en un claro del bosque, estaba el vagón-restaurante en el que se había firmado la rendición alemana en la Primera Guerra Mundial: en él se rubricaría la capitulación francesa y Hitler ocuparía el sillón que el mariscal Foch había utilizado en 1918. Hitler había planificado minuciosamente su venganza.

Cuando se presentaron los comisionados franceses —generales Huntziger y Bergeret, vicealmirante Le Luc y un diplomático, Léon Noël— la banda militar les atronó con el himno alemán. Fueron recibidos con una leve y fría inclinación de cabeza por la delegación alemana —Hitler, Hess, Göring, Von Ribbentrop, el intérprete Paul Schmidt, los generales Keitel y Brauchitsch y el gran almirante Raeder. Keitel leyó el prólogo de las condiciones de armisticio y el intérprete Schmidt lo tradujo al francés. Luego, Hitler se puso en pie, saludó brazo en alto y se marchó, seguido de sus jerifaltes, sonando nuevamente el *Deutschland über Alles* cuando abandonaron el vagón.

Para la lectura del resto del documento se quedaron solos Keitel y Schmidt con la delegación francesa, a la que no se quiso dar tiempo ni para considerar el contenido del documento. Finalmente, Keitel cedió a las demandas francesas y la firma se retrasó hasta las 18.50 horas del 22 de junio. Concluida la ceremonia, el histórico vagón de ferrocarril fue trasladado a Berlín; los demás recuerdos de la rendición alemana de 1918 fueron demolidos y

sólo quedó en pie, por orden de Hitler, la estatua del mariscal Foch, que aún se conserva en Compiègne.

El armisticio entró en vigor el 25 de junio. Tres días después, a las 5.30 de la madrugada, Hitler llegaba a París, a bordo de un avión que aterrizó en el aeropuerto de Le Bourget. Tres Mercedes blindados le recogieron junto con su séquito para trasladarles a la ciudad. En el primer automóvil viajaba el Führer, acompañado por los arquitectos Albert Speer y su rival, Hermann Giessler, el escultor Arno Breker y el ayudante Schmundt. La primera visita en París fue a la Ópera, edificio neobarroco del arquitecto Garnier que entusiasmaba a Hitler: «¡Mi Ópera! desde mi primera juventud he soñado con ver directamente este símbolo del genio arquitectónico francés.»

Ante sus acompañantes, el Führer hizo una exhibición de sus conocimientos acerca del edificio, su distribución y su historia, adquiridos en sus lecturas sobre los grandes templos de la ópera. Siguió luego la visita —siempre en automóvil, con apenas algunos minutos para ver de cerca algo que le interesara especialmente— por la ciudad que comenzaba a despertarse: los Campos Elíseos, la Madeleine, el Trocadero, la Torre Eiffel. En ese punto se pararon y hay una famosa foto en la que Hitler, rodeado de militares, aparece paseando con la torre al fondo; realmente, junto a los militares hay tres civiles a los que se ordenó vestir con ropas de la oficialidad alemana: el escultor Breker, a la izquierda del Führer, y los arquitectos Speer y Giessler, a la derecha. También pasó por el Arco de Triunfo, el monumento al Soldado Desconocido y los Inválidos, donde permaneció unos minutos en silencio ante el sarcófago de Napoleón; cuando salieron a la calle comentó al fotógrafo Hoffmann: «Ha sido el más bello momento de mi vida.» Sin embargo, apenas mostró interés por Notre-Dame, la Sainte-Chapelle o el Louvre. Curiosamente se detuvo al pie del Sacre-Coeur, donde permaneció unos minutos, rodeado por sus

guardaespaldas, mientras numerosas personas pasaban por allí camino de misa. Según Albert Speer, «fue reconocido por muchos fieles, que no le prestaron ninguna atención». Cuando, a las 9 de la mañana dieron por finalizada la visita, Hitler le dijo a Speer: «Poder ver París ha sido el sueño de toda mi vida. No puedo expresar todo lo feliz que soy al ver cumplido hoy este deseo.»

Nunca más regresó a la capital francesa, pero aquella misma noche le comunicó a su arquitecto que debía acelerar sus trabajos sobre el nuevo Berlín, ante cuya grandiosidad palidecería la capital de Francia: «¿No es verdad que París es hermoso? Pero Berlín deberá superarlo en belleza. Cuando hayamos terminado, París siempre ocupará un segundo lugar.»

En el estudio del arquitecto favorito de Hitler se amontonaban los encargos del Führer y de Göring para configurar esa fantástica capital. Aparte de numerosos aeropuertos para la Luftwaffe, se estaba diseñando el área sanitaria, la universidad, el Gran Recinto, destinado a los discursos solemnes del dictador, la nueva residencia de Göring... y, fuera de la capital, el nuevo estadio de Nuremberg, que debería disponer de 350.000 asientos para los asistentes a los grandes fastos del nacionalsocialismo...

Según Speer, durante aquellos meses del triunfal verano de los nazis, Hitler le convocaba continuamente en Berlín o en Berchtesgaden para comprobar la marcha de los proyectos y le urgía, recordándole que todo debería estar terminado en 1950. «Durante ese verano maravillosamente cálido —comentaría Speer— parecía que Hitler no tenía otra cosa en su cabeza. En realidad, todos nos sentíamos, por así decirlo, en estado de éxtasis.»

Fue un verano de ensueño. Las operaciones militares habían terminado y los alemanes hacían el balance de pérdidas y ganancias: lamentaban en sus filas 30.000 muertos y 165.000 heridos, por 90.000 muertos, 200.000 heridos y dos millones de desaparecidos o prisioneros en el bando derrotado. El botín de la vic-

toria era incommensurable: millares de cañones y carros de combate, millones de armas individuales e ingentes cantidades de munición y equipos... Nadie lamentaba entonces que la victoria hubiera podido ser más aplastante si se hubiese capturado a las fuerzas aliadas cercadas en Dunkerque. Las precauciones del mariscal Von Rundstedt, reservando los carros de combate; la marginación de la Marina, que hubiera podido hacer algo, aunque había quedado muy castigada en las operaciones de Noruega; la precipitada y presuntuosa petición del jefe de la Luftwaffe, Hermann Göring, ofreciendo la aviación para terminar con la bolsa, y Hitler, tomando la decisión final de frenar el avance de los blindados del mariscal Edwald Kleist, brindaron a la marina británica el rescate de 350.000 soldados. Perdieron el armamento pesado, pero eran tropas bien adiestradas y curtidas en la adversidad: tras la capitulación de Francia, constituirían el núcleo de la futura infantería británica. Los expertos calculan que formar un ejército como el recuperado en Dunkerque hubiera costado un año.

Kleist, en declaraciones prestadas en Nuremberg, no tiene duda alguna de quién tuvo la responsabilidad máxima en aquellos errores que permitieron la retirada de buena parte de las fuerzas aliadas:

—Debo decir que si los ingleses lograron escapar de la trampa de Dunkerque, que yo había tendido con infinito cuidado, fue sólo gracias a la ayuda personal de Hitler. Existía un canal de paso entre Arrás y Dunkerque. Yo ya había cruzado ese canal, y mis tropas ocupaban los altos que dominan Flandes. Por tanto, mis grupos de Panzer tenían un completo control de Dunkerque y de la zona donde estaban atrapados los ingleses. La verdad de lo sucedido es que los ingleses nunca hubieran llegado a Dunkerque, porque los tenía a tiro. Hitler ordenó entonces personalmente que retirara mis tropas de esos altos.

—¿Por qué dio esa orden?

—Hitler creyó que era demasiado arriesgado, lo cual fue una soberana tontería. Podríamos haber borrado por completo al Ejército britá-

nico, o haber tomado a todo un Ejército cautivo, de no ser por la estúpida orden de Hitler. Buena prueba de ello es que tres días después los ingleses ocuparon aquellos altos y me vi obligado a atacarlos de nuevo para volver a tomarlos [...] Lo más triste de todo es que podría haber capturado a todo el Ejército británico, o a una gran parte del mismo, de manera que la invasión de Inglaterra habría sido entonces facilísima... [Leon Gondelsohn, *Las entrevistas de Nuremberg*.]

Uno de los factores —aparte del mal tiempo— que contribuyeron al fracaso de la Luftwaffe en Dunkerque fue la decidida intervención de la aviación de caza británica, que en aquellos días derribó 240 aviones alemanes, perdiendo 177. De cara al futuro, los alemanes sacaron la conclusión de que la actuación aérea, en solitario, era insuficiente para decidir una victoria en tierra: resultaba imprescindible su colaboración con las fuerzas terrestres. Pero nadie pareció extraer otra lección no menos importante: si la aviación de caza británica estaba más cerca del campo de batalla que la alemana —cosa que ocurrió en Dunkerque, y se repetiría en la batalla de Inglaterra— los aviones de la RAF (Reales Fuerzas Aéreas) eran superiores a los de la Luftwaffe. El rescate de los embolsados en Dunkerque y la eficacia de su aviación de caza serían dos de los argumentos en que se basaría la decisión de Churchill de continuar la guerra.

Hitler, que nada había previsto para la anómala situación de que capitularan todos los países que le habían declarado la guerra salvo el Reino Unido, fue de acá para allá en los siguientes días de aquel victorioso mes de junio, mientras esperaba la respuesta británica a sus ofertas de paz. Deambuló por los campos de batalla de la Gran Guerra e identificó alguno de los lugares en los que había vivido y luchado. Luego trató de evadirse tanto del calor del verano como de los actos públicos, estableciéndose en Tannenbergl, un cuartel general que le habían preparado en la Selva Negra. No quería regresar a Berlín antes de que su victoria fue-

se completa, con la paz establecida, cuando pudiera, primero, disfrutar de su inmensa victoria y, a continuación, dedicar todas sus energías a organizar la campaña contra la URSS, su anhelo más profundo, su mayor ambición: derrotar al comunismo y ampliar las fronteras alemanas hacia el este, el *Lebensraum* soñado desde la prisión de Landsberg, cuando redactaba *Mein Kampf*, en 1924.

Estuvo en la Selva Negra una semana, con un tiempo de perros. Mientras veía llover ensimismado, esperando, hora tras hora, la aceptación británica de sus propuestas de paz, tomó decisiones importantes: incorporó Alsacia y Lorena a Alemania, desmovilizó treinta y cinco divisiones para que medio millón de hombres pudiera volver a sus puestos de trabajo, disminuyó la fabricación de municiones en favor de la producción civil, incrementó la construcción de submarinos y de bombarderos J-88... El asunto determinante que le obligó a salir de aquel agujero fue el ataque del 3 de julio de 1940 de la armada británica contra la flota francesa fondeada en la base de Mers el Kebir, en Argelia. La sorprendente agresión ordenada por Churchill, que mató a 1.297 marinos franceses e hirió a 2.000, trataba de impedir que el Gobierno francés del mariscal Pétain, establecido en Vichy, pudiera ceder aquellos buques a Berlín. Hitler entendió el mensaje: Churchill no pensaba aceptar las oferta de paz que le había enviado —y que, pese a todo, seguiría enviándole hasta 1941—, sino proseguir la lucha y, destruyendo aquellos buques, eliminaba toda posible tentación hitleriana de apoderarse de ellos para utilizarlos en una hipotética invasión de Gran Bretaña.

Ante la evidencia, reforzada por los informes de sus servicios secretos, que habían hallado reveladores documentos en Francia sobre los planes británicos para continuar la guerra, Hitler ordenó a Jodl que proyectara las operaciones para atacar directamente a Gran Bretaña; luego, el 6 de julio, regresó a Berlín. El resto del mes lo pasó entre la capital, Munich, Berchtesgaden, Ober-

salzberg, Weimar, Bayreuth, carcomido por las dudas sobre el peligro inmediato que podía representar la URSS, el problema del abastecimiento de petróleo, la inestabilidad que creaba el aviso balcánico, el peligro de un desembarco británico en Grecia... Y seguía esperando que alguna de sus gestiones diera el esperado resultado: la paz con Inglaterra. Como ésta no llegara, ordenó que se dispusiera un plan de invasión, cuyos preparativos se efectuaron, sabiendo casi todos los responsables que no se realizaría. En aquellos momentos, una invasión alemana constituiría un suicidio, pues sería barrida en el Canal por la Armada y la Aviación británicas.

Era, pues, prioritario que la Luftwaffe eliminara a la RAF y, luego, dominando el cielo, podría dar cobertura a la invasión... A los especialistas no se les ocultaba que aquella operación, bautizada León Marino (Seelöwe), tenía pocas posibilidades de éxito y de que supondría una sangría para su aviación... Quizá por eso fue Göring tan reticente a la hora de iniciar los bombardeos que, finalmente, comenzaron el 13 de agosto.

Días del águila: misión imposible

Lo que ocurrió en los cuatro meses siguientes, en que se libró lo más crudo de la batalla de Inglaterra, es bien conocido. Alemania no había diseñado una aviación estratégica, sino táctica, fácil de fabricar y muy útil en el campo de batalla. A mediados de los años treinta hubo cierto interés en la construcción de bombarderos de largo radio de acción y Junkers presentó un interesante prototipo, el cuatrimotor Ju-90, con más de 3.000 km de autonomía y capacidad para transportar dos toneladas de bombas. Nunca se construyó porque Göring se negó a defender aquel proyecto ante Hitler. Los motivos del mariscal no podían ser

más cegatos: Junkers podía construir cinco bimotores Ju-88 por cada dos Ju-90 y «El Führer no me va a preguntar qué tipo de bombarderos tengo, sino cuántos».

Por eso, ante la batalla de Inglaterra, la Luftwaffe sólo disponía de bombarderos medios, de tres tipos: He-111, Do-17 y Ju-88, que apenas podían alcanzar la mitad sur del Reino Unido, lanzar una tonelada de bombas y tratar de escapar de la caza británica, ante la que los tres modelos eran muy vulnerables por su escaso armamento. Esa debilidad les obligaba a operar acompañados de cazas, pero los Me. Bf-109 alemanes, competitivos con los Spitfire y los Hurricane británicos, tenían un radio de acción tan limitado que sólo podían protegerles en las misiones más próximas. El caza alemán de largo radio de acción, Me. Bf-110, resultó muy inferior en el combate a los cazas ingleses.

De cualquier forma, el sacrificio de la Luftwaffe hubiera podido tener alguna posibilidad de éxito si se hubiera manejado adecuadamente y respetado los planes trazados: la destrucción de las fuerzas aéreas británicas y el dominio del cielo. El 13 de agosto de 1940, los alemanes disponían de 869 cazas Me. Bf-109, de 268 cazas Me. Bf-110; de 969 bombarderos medios y de 336 bombarderos en picado, Stuka, y sus plantillas de vuelo contaban con más de 3.000 pilotos bien instruidos. Pese a las limitaciones expuestas, esa aviación era abismalmente superior a lo que podía oponerle la RAF, que sólo disponía de 620 cazas competitivos y 1.250 pilotos adecuadamente adiestrados.

En las tres primeras semanas de lucha sobre el sur de Inglaterra, los británicos lograron una ventaja sobre los alemanes tan abrumadora como engañosa: derribaron 786 aviones y perdieron 478 cazas (538, según otras fuentes). Pero el balance de la jefatura de caza (Fighter Command) del sur de Inglaterra se mostraba pesimista, porque sus instalaciones estaban destrozadas y sólo le quedaba un millar de pilotos y, además, mortalmente cansa-

dos. En ese tiempo se había incorporado un centenar de pilotos, pero se habían perdido unos 350, a un promedio de quince al día. Otro mes con pérdidas similares hubiera terminado con la aviación de caza británica y con sus instalaciones del sur del país.

Y entonces ocurrió un hecho fortuito que cambiaría el curso de los acontecimientos. Varios aviones alemanes, despistados por el mal tiempo, soltaron sus bombas sobre Londres. Churchill replicó bombardeando Berlín... algo insignificante, pero Hitler perdió el norte y embistió como un toro herido: ordenó atacar Londres. Cincuenta y siete días de bombardeos soportó la capital británica, en los cuales millares de personas resultaron muertas y heridas y la ciudad quedó cubierta de escombros, pero eso dio un respiro a los cazas británicos y a sus instalaciones. A finales de octubre, las fuerzas aéreas estaban equilibradas, lo que, dado el escenario del combate, otorgaba una enorme ventaja a los que luchaban en casa. Winston Churchill resumiría aquella apabullante victoria de sus pilotos de caza con la conocida frase: «Nunca hasta ahora, en un conflicto, tantos tuvieron que agradecer tanto a tan pocos.» De paso, bien hubiera podido enviar un telegrama de agradecimiento a Hitler y a Göring; a éste, por no haber tratado de construir una aviación estratégica; a aquél, por haber variado de objetivo.

El resultado, en líneas generales, es que la aviación alemana de bombardeo realizó un inmenso sacrificio con frutos decepcionantes: causó importantes destrucciones en las ciudades y millares de víctimas civiles, pero no consiguió neutralizar ni la aviación, ni la marina ni la industria británicas. Aunque aún registraría algunos coletazos, la batalla de Inglaterra terminó el 12 de octubre, cuando el mariscal Wilhelm Keitel, jefe del OKW, ordenaba:

El Führer ha decidido que hasta la primavera los preparativos de la Operación Seelöwe sean proseguídos con el exclusivo fin de mantener sobre

Inglaterra la presión política y militar. Caso de que en la primavera o a principios de verano se reanude el proyecto de desembarco, serán dadas órdenes para nuevos preparativos.

Es decir, se posponía *sine die* la Operación León Marino y, por tanto, la atosigante presión aérea para terminar con la aviación británica ya no tenía sentido. Hitler había perdido la batalla de Inglaterra.

Pero su fracaso era mucho más profundo que esa puntual derrota. Desde junio hasta finales de octubre, Alemania había perdido 1.733 aviones de todo tipo; Gran Bretaña, 915, cazas fundamentalmente. Si materialmente las pérdidas alemanas eran importantes, aunque su industria las compensaría en unos meses, lo fundamental eran las humanas: millar y medio de pilotos experimentados y cuatro mil tripulantes avezados habían muerto, estaban heridos o prisioneros en Gran Bretaña. Las bajas británicas, que materialmente eran poco más de la mitad, no alcanzaban a la cuarta parte en cuanto a pilotos, pues los que no perecían en el derribo podían volver a pilotar días después. Es decir, la caza alemana, muy superior a la británica en el continente al comienzo de la guerra, había perdido esa ventaja. Los bombarderos alemanes habían confirmado su impotencia para la misión imposible que les había sido impuesta. Por el contrario, la aviación estratégica británica, muy poco dañada durante la batalla de Inglaterra, disponía de más aparatos y pilotos que al comienzo de las hostilidades. Las ciudades alemanas lo padecerían de inmediato.

La derrota alemana en los cielos de Inglaterra se demostró inequívocamente a escala universal cuando aviones británicos penetraron en Alemania, bombardeando Berlín y Hamburgo los días 12 y 16 de noviembre. Hitler no quiso mostrar su debilidad y se negó a aceptar el bofetón: así ordenó los terribles bombardeos sobre Coventry y Londres de los días 14 y 15, empleando

unos 800 aviones en total, que causaron gravísimas destrucciones, aunque a costa de severas pérdidas.

Franco, Pétain, Mussolini

Mientras sus aviones eran derribados con escasísimo fruto militar, Hitler seguía preso de la excitación nerviosa que no le abandonaba desde la victoria sobre Francia. Aparte de que cambiaba su cuartel general de un lugar a otro sin motivo aparentes, hubo de realizar numerosos viajes políticos relevantes. En los meses de septiembre–noviembre se trenzó todo el sistema de alianzas alemanas para la guerra. El 27 de septiembre se firmó el pacto tripartito entre Alemania, Italia y Japón, lo que popularmente se llamó Eje Berlín–Roma–Tokio.

El miércoles, 23 de octubre de 1940, Hitler y Franco se entrevistaron en Hendaya. En aquella reunión se jugó la intervención española en la Segunda Guerra Mundial, que no se produjo porque Hitler no cedió ante las demandas de Franco. Existen ciertos puntos oscuros sobre aquel encuentro, pues el principal testigo, Ramón Serrano Suñer —superviviente hasta septiembre de 2003— la contó varias veces de forma diferente, pero bastante se ha logrado saber por otras fuentes.

La propaganda franquista mostró el encuentro entre Franco y Hitler como una señal de la protección divina que acompañaba al Caudillo. Según aquellas versiones interesadas, habría exigido mil cosas al Führer para que éste, desesperado, no tuviera más remedio que rechazarlas. De esta forma, España se evitaba la Segunda Guerra Mundial. La documentación del Ministerio de Asuntos Exteriores del III Reich —en parte, corroborada por informes españoles— rechaza esa tesis. La cita estaba concertada para las 15 horas del 23 de octubre de 1940 y allí estaba Hitler, con

absoluta puntualidad. Franco llegó con un pequeño retraso a causa del estado calamitoso de las vías y del tren, que era el mismo usado la década anterior por Alfonso XIII. Al parar, el tren dio una fuerte sacudida, que a punto estuvo de arrojar a Franco de cabeza al andén, provocando discretas risitas en algunos alemanes y un monumental enfado del Generalísimo.

La entrevista se desarrolló entre las 15.30 y las 18.05 horas. Tras un descanso, ambos personajes se reunieron para cenar en el tren de Hitler. En ese tiempo, Franco tuvo que soportar los interminables monólogos de Hitler, en los que hablaba del problema del mal tiempo en la batalla de Inglaterra, del coste de la guerra, de su interés en que ésta fuese breve, de la importancia que tendría la unión de Francia a la causa alemana, de las escasas ganancias territoriales que eran previsibles...

Por su parte, Hitler tuvo que aguantar algunas intervenciones de Franco, demandando territorios en el Marruecos francés y rectificaciones fronterizas en el norte de España. Hitler pareció no enterarse de esas peticiones, como el propio general comentó después y como también declaró Serrano Suñer: «Si Hitler hubiese cedido algo en Marruecos, habríamos entrado en la guerra», pero Hitler no le hizo caso alguno porque el III Reich también tenía aspiraciones en la zona y, sobre todo, porque en ese momento estaba más interesado en las buenas relaciones con el mariscal Pétain, jefe del Estado de la Francia no ocupada, con el que se iba a entrevistar al día siguiente. Por otro lado, Madrid necesitaba tantas armas, combustible y alimentos que Berlín estimó demasiado cara aquella colaboración; además, a aquellas alturas, la situación bélica suscitaba tantas dudas que Franco no estaba dispuesto a ofrecer a Hitler un cheque en blanco.

El 24 de octubre Hitler se entrevistó con Pétain en Montoire. El Führer, que admiraba el prestigio militar del anciano mariscal, renunció aquel día a su habitual altivez y cosechó un revés

en sus pretensiones de que Francia entrara en guerra contra Gran Bretaña. Confiaba, ingenuamente, Hitler en que los ataques británicos contra las bases navales francesas de Mers el Kebir y Dakar y la deserción de algunas colonias de la dependencia del régimen de Vichy —que se habían pasado a la Francia Libre de De Gaulle— serían agravios suficientes para que el presidente Pétain declarara la guerra a su antiguo aliado. El mariscal, con frialdad —con altivez según algunos— se mostró absolutamente claro: Francia no combatiría contra Gran Bretaña. Ahora bien, tras aquella entrevista también dijo: «Hoy tomo la vía de la colaboración.» Esa colaboración, como ha demostrado Philippe Burrin (*Francia bajo la ocupación nazi, 1940-1944*), por interés nacional, material o ideológico alcanzó a la mayoría de los franceses y a sus recursos. Francia, al menos durante los dos primeros años de guerra, colaboró con el III Reich con su trabajo, su industria y su agricultura. Es decir, la situación británica empeoraba, pues Hitler no sólo disponía de los grandes recursos del Pacto de Acero (Alemania e Italia), sino de los de los países ocupados: Checoslovaquia, Polonia, Dinamarca, Noruega, Países Bajos, Bélgica y Francia. El problema del Führer es que no supo emplearlos adecuadamente y que, políticamente, sus relaciones con Mussolini fueron una auténtica calamidad.

No le dio tiempo a Hitler a regresar a Berlín cuando fue informado de que Italia se aprestaba a invadir Grecia. Corrió de inmediato para entrevistarse con el Duce, pero cuando, a las 10 de la mañana del 28 de octubre, su tren llegó a la estación de Florencia, halló a un alborozado Mussolini que, como saludo, le comunicó: «Führer, esta mañana, al amanecer, las tropas italianas han cruzado victoriosamente la frontera greco-albanesa.» Hitler casi se desmaya: había ocurrido lo peor que en aquellos momentos le podía suceder al Eje: abrir un nuevo frente bélico, proporcionando a Gran Bretaña un teatro continental de operaciones.

Pero el ataque italiano contra Grecia, que sería un desastre y forzaría a una intervención alemana en socorro de su aliado, era consecuencia directa de los errores de Hitler tras su victoria en Francia. En vez de acometer la aconsejada campaña mediterránea, en leal alianza con Mussolini, tratando de unificar las potencialidades de ambos y sin dar un momento de respiro a Gran Bretaña, Hitler menospreció ese escenario, quizás para marginar a Italia de las fases decisivas de la guerra. Hitler apreciaba a Mussolini, pero no a su país de cuya lealtad dudaba —los militares alemanes no podían olvidar la defección italiana de 1915, cambiando a bando y creándoles el inesperado frente alpino— y sobre cuya capacidad industrial y militar tenía justificada desconfianza.

Por eso, mientras se reservaba los grandes asuntos de la guerra, entretenía a su aliado en lo que se llamó la «guerra paralela», es decir, entregó a Mussolini el escenario mediterráneo, suponiendo que el Duce se las arreglaría para terminar con los británicos tanto en el norte de África como en la guerra naval. No era eso lo que ambicionaba Mussolini, que en vez de entregarse sin reservas a esa guerra jugó otras cartas, como sus intereses en los Balcanes: se apoderó de Albania y pretendió atacar Yugoslavia, tropezando con la expresa prohibición de Hitler.

Mostrando su inutilidad como conductor de la guerra, Mussolini daba un paso adelante y otro atrás. Quiso ganar en el norte de África, pero se reservó dos tercios de su ejército y medios para sus proyectos continentales, lo que determinó su atascamiento en el desierto. Le hubiera gustado borrar a los británicos en el Mediterráneo, pero empleó su flota del peor modo posible: nunca con visión estratégica, nunca en grandes operaciones, relegándola, preferentemente, a la protección de los convoyes a África. Pocas veces dio órdenes sensatas, claras y terminantes, y casi nunca le brindó el apoyo decidido de la Aviación... Por cierto, tan mal adiestrada para colaborar con la Flota que, en aquellos pri-

meros meses de la guerra, arrojó tantas bombas sobre sus propios buques como sobre los británicos. El ministro italiano de Asuntos Exteriores, Galeazzo Ciano, anotaba en su diario: «La verdadera polémica en cuanto a la guerra naval no tiene lugar entre los ingleses y nosotros, sino entre la marina y la aviación.»

Resumiendo. En lo político, Italia se debatía entre el descontento y la desconfianza respecto a su aliado; en lo militar, su actuación oscilaba entre la incompetencia, la impotencia y los grandes sueños imperiales. Así, cuando Hitler ocupó Rumania, tratando de proteger sus suministros petrolíferos, hipotéticamente bajo amenaza soviética, Mussolini montó en cólera, tanto porque su aliado nada le había dicho como porque tenía apetitos expansivos sobre aquella zona. El conde Ciano anotaba en su diario que, el 13 de octubre, halló a su suegro indignado con Hitler: «Me pone siempre ante el hecho consumado. Esta vez voy a pagarle con la misma moneda. Se enterará por los periódicos de que he ocupado Grecia. Así se restablecerá el equilibrio.»

El pomposo Pacto de Acero nazi-fascista estaba tan minado por la carcoma que suscitaba la risa en Gran Bretaña. Las mutuas deslealtades, la desconfianza recíproca, la imposible planificación conjunta, la impericia militar del ejército mussoliniano, el desprecio alemán ante la evidente inferioridad material de sus socios, el orgullo italiano herido, hacían que aquello fuera más una jaula de grillos que una alianza seria y firme para la victoria.

Un visitante incómodo

Mientras la campaña italiana en Grecia se revelaba como un auténtico desastre y mientras los biplanos del portaaviones británico *Illustrious* ponían fuera de combate a la mitad de la Flota italiana en su base de Tarento, el 12 de noviembre de 1940, llegó a

Berlín Viacheslav Molotov, ministro de Asuntos Exteriores de la URSS. Hitler deseaba ampliar los acuerdos de colaboración del Pacto Germano-soviético de agosto de 1939. No pedía a Moscú que entrara en guerra junto con Alemania, pero sí que reafirmara los acuerdos e incrementara las ventas de materias primas al III Reich, fundamentalmente de combustible.

Molotov, que fue testigo de las incursiones aéreas británicas sobre Berlín y estaba al corriente de la catastrófica «guerra paralela de Italia», no tenía nada claro que la victoria germana contra los británicos fuera tan inminente como le aseguraba su colega alemán, Joachim von Ribbentrop, de modo que sostuvo con obstinación las exigencias soviéticas: Finlandia, manos libres en los Balcanes, acceso al Mediterráneo por el Mar Negro, suspensión de las garantías alemanas a Rumania y la firma de un pacto de no agresión con Bulgaria, que permitiera el establecimiento de bases soviéticas en aquel país.

El Führer rechazó todas y cada una de tales peticiones, pero dejó ver que no se opondría a la expansión del Imperio soviético a costa de Persia y la India, por donde la URSS podría alcanzar las aguas del Océano Índico. Desde luego, esto era tentador, pero el astuto Josif Stalin sabía que Gran Bretaña y EE.UU. estaban a punto de cerrar un acuerdo y estaba convencido de que, a la larga, los norteamericanos se implicarían en la guerra (Roosevelt, en efecto, anunciaría el principio del acuerdo sobre la Ley de Préstamo y Arriendo a Gran Bretaña, en diciembre de 1940 y un año más tarde ya era beligerante). El dictador soviético advertía que aquellas concesiones seguramente se convertirían en regalos envenenados y cursó instrucciones a Molotov para que diera largas a las demandas alemanas hasta que se produjera la pretendida victoria del III Reich sobre Gran Bretaña y, de momento, reiterara las demandas que había ya expuesto en Berlín.

Hitler comenzó a impacientarse, a considerar a Molotov un insolente que no reconocía al nuevo dueño de Europa y a pensar que Stalin necesitaba una lección. Si desde siempre había deseado atacar a la URSS para exterminar el comunismo y ganar para Alemania el espacio vital —nada más firmar el armisticio con Francia había comenzado a pedir planes para atacar la URSS— tras la visita y las demandas de Molotov creyó que debía apresurarse. Si algo faltaba para decidirle, terminaron de convencerle las indiscreciones de Molotov en una cena ofrecida a Von Ribbentrop en su embajada de Berlín: el ministro soviético precisó los intereses de la URSS en el Báltico, en Suecia y la posibilidad de negociar con Alemania la concesión de bases en Dinamarca. En el cerebro de Hitler sonaron todas las alarmas: la URSS no sólo era una amenaza en el este del Reich, sino que también pretendía serlo en el norte.

Apenas Molotov abandonó Berlín, Hitler comenzó a hablar del ataque inminente contra la URSS. Raeder y Göring trataron de contenerle, apremiándole para que primero solucionara el problema británico. Es imposible saber si, al fin, hubieran podido imponer prioridad tan lógica, pero no tuvieron tiempo. A finales de noviembre, Stalin envió al canciller nazi un memorándum en el que aceptaba las propuestas alemanas para un reparto del Imperio británico, pero reiteraba que también deseaba ver satisfechas sus restantes peticiones. Hitler no respondió y, mientras en Moscú suponían que se lo estaba pensando para iniciar un regateo, dictó su directiva número 21, fechada el 18 de diciembre de 1940: «Las fuerzas armadas alemanas deben estar preparadas, incluso antes de que termine la guerra contra Inglaterra, para aplastar a la Rusia soviética en una rápida campaña [...]». Aunque no proponía una fecha concreta, se decía en aquel documento secreto que los preparativos deberían haber concluido el 15 de mayo de 1941.

Aquel otoño de 1940, aunque aún refulgirían las armas alemanas durante muchos meses, Hitler había tomado la decisión de causarle a su país la más espantosa derrota de toda su historia y, sin embargo, había tenido la victoria al alcance de la mano; más aún: aunque en peores condiciones que en julio, quizás aún estaba a tiempo de vencer. La clave podría haber sido la puesta en marcha de la Operación Félix.

La oportunidad perdida: Operación Félix

Alfred Jodl, aquel atildado, meticuloso e inteligente planificador militar, no creía en León Marino, pero sabía que lo más contraproducente que podía hacerse frente a Hitler era llevarle la contraria y lo más sagaz, inducirle a interesarse por planes coherentes que luego pudiera presentar como suyos. Por eso, en julio de 1940, cuando se le ordenó planificar cuidadosamente el ataque contra las Islas Británicas, obedeció las órdenes, pero, también, puso ante Hitler otra posibilidad: convertir el Mediterráneo en un lago germano-italiano, ocupando sus dos extremos, Gibraltar y el Canal de Suez (el embrión de lo que luego se denominaría Operación Félix). Cuando se lo dijeron a Mussolini, se mostró encantado con el proyecto y se dispuso a preparar la toma de Egipto a partir del 6 de septiembre, asunto que, según su yerno y ministro de Exteriores, Ciano, le «tenía totalmente ocupado».

Realmente, no era la primera vez que los planificadores nazis se ocupaban más o menos profundamente de aquel asunto. Antes de la guerra ya circulaba por las altas esferas nazis el llamado *Mittelafrika Projekt*, que resumía los intereses de Hitler en el continente africano y en el Atlántico. Pensaba dotar al III Reich de un cinturón colonial que partiría África desde el Camerún

hasta Somalia; y de un gran territorio más al sur: el África del suroeste (Namibia). Es decir, el Führer, que cuando trataba de acercarse a Inglaterra aparentaba desinterés por África, realmente pretendía la recuperación de las antiguas colonias alemanas multiplicadas por tres, a costa de belgas, franceses y británicos.

Aparte de codiciar las materias primas y la posición estratégica sobre los océanos Atlántico e Índico que tales posesiones conferirían a Alemania, Hitler aspiraba tanto a contrarrestar el empuje expansivo de EE.UU. como a poner un lazo corredizo en torno al cuello de Gran Bretaña. Si ya con las mencionadas aspiraciones sería suficiente para controlar las rutas entre Europa y Asia, el sueño nazi se ensanchaba con el establecimiento de bases militares y puertos comerciales en el Marruecos francés y en las islas Canarias.

Sólo era una hipótesis remota subordinada siempre a la histórica conquista de los territorios del este. Pero tras la victoria en Francia, una parte de ese proyecto sureño se convertiría en el Plan Félix, que rodó durante dos años por encima de las mesas del Estado Mayor y de la Cancillería, sufriendo modificaciones y ramificaciones. Su propósito era claro: «Implicar la Península Ibérica (y sus archipiélagos) en el gran teatro de la guerra conducida por las potencias del Eje y expulsar a la flota inglesa del Mediterráneo occidental.» Las operaciones concretas que contemplaba eran la ocupación de Gibraltar; la instalación en el vértice Mediterráneo-Atlántico de tres divisiones motorizadas; ocupación de Portugal si no se avenía a la colaboración con Alemania y optaba por inclinarse hacia Gran Bretaña; instalación en la Península Ibérica de bases navales y aéreas y fortificación de los puntos más vulnerables con baterías costeras y antiaéreas. La Operación Félix, que luego se denominaría Isabella, terminó ampliando sus objetivos a las islas Madeira y Azores. El proyecto, que se convertiría en un mero «sueño» con el transcurso de los meses,

hubiera sido realizable, por lo menos en sus objetivos iniciales, en el verano de 1940.

Los pocos generales alemanes que estaban al tanto de tal hipótesis se mostraron convencidos tanto de su viabilidad como de su eficacia. Wilhelm Keitel, jefe del OKW, estimaba que «tomar El Cairo era más importante que conquistar Londres» y el jefe de la Marina, Erich Raeder, recomendaba:

[...] los preparativos de esta operación deben iniciarse de inmediato para que puedan efectuarse enseguida, antes de que EE.UU. pueda intervenir en el conflicto. No se trata de una operación de importancia secundaria, sino de uno de los golpes más eficaces que se puedan descargar contra Inglaterra.

Uno de los más prestigiosos historiadores de la Marina de guerra alemana, el vicealmirante Friedrich Oskar Ruge —con gran experiencia en el Báltico y en el Mediterráneo durante la Segunda Guerra Mundial y, luego, al frente de la Marina de la RFA y de la OTAN— comenta:

Si Alemania lograba que España entrara en el Eje, el Mediterráneo quedaría en su poder; se convertiría en la estación de maniobras del sur de Europa y se haría del gran desierto del Sáhara un serio obstáculo neutral, de modo que sólo debían ocuparse por la fuerza las dos posiciones cuñas, Gibraltar y Suez. Un grupo de choque de reserva central podría, en caso necesario, desplazarse fácilmente hacia la entrada occidental o la del este para conjurar cualquier amenaza. Las fuerzas de la marina de guerra italiana podrían aparecer tanto en el Atlántico como en el Océano Índico. Había que tener en cuenta que Inglaterra, en todas sus guerras, había mantenido siempre, incluso a costa de utilizar grandes medios, el predominio en el Mediterráneo [*Der Seekrieg*].

El general J. F. C. Fuller, prestigioso comentarista militar británico, es aún más contundente que los propios jefes alemanes en los efectos del Proyecto Félix:

Estratégicamente esto era así porque Egipto significaba el centro de las comunicaciones imperiales inglesas y su única base naval situada a distancia tan escasa de Europa que podía ser atacada desde ésta. Si Egipto y Gibraltar eran conquistados, el Mediterráneo quedaría convertido en un lago italiano. Se inmovilizaría a los turcos y quedaría abierto el camino hacia Rusia por Armenia y Georgia. Finalmente, Inglaterra quedaría reducida a tan desesperante situación que el ferviente deseo de ayuda americano quedaría reducido a cero. Caso de lograrse tal situación, Inglaterra no tendría más remedio que aceptar una paz negociada, ya que sin la ayuda económica americana no podría continuar la lucha [*Batallas decisivas del Mundo Occidental*].

El caso es tan claro que precisa poco desarrollo más. Convencer a Franco el día de la capitulación de Francia le hubiera costado muy poco a Hitler: ciertas promesas territoriales y las armas para que se convirtiera en un aliado útil; tomar Gibraltar e instalar bases aéreas y submarinas en el noroeste y suroeste español y, sobre todo, en las Canarias, hubiera sido militarmente sencillo y mortal para las rutas británicas de comunicación con sus colonias de Asia y África e, incluso, muy amenazadoras para sus comunicaciones con América. Apoderarse de la base inglesa de Malta tampoco hubiera sido muy difícil, como demostraron los alemanes en Creta, en circunstancias más complicadas. De esta opinión han participado numerosos analistas e historiadores, como, recientemente, Williamson Murray y Allan R. Millet:

Las bases españolas en las Canarias y la toma de Gibraltar hubieran mejorado mucho la posición del Reich en un momento en que poco hubieran podido hacer los ingleses para responder a ella. Pero, convencidos de que la guerra había terminado y con escasos deseos de repartirse el botín con Franco y Mussolini, los alemanes siguieron mostrándose indiferentes [*La guerra que había que ganar*].

Y si lo probable es que, en ese caso, Londres hubiera negociado una paz honorable, que Hitler hubiese estado encantado

de brindarle, también lo es que la posterior campaña de la URSS hubiese sido totalmente distinta.

Si la Operación Félix se hubiera realizado en julio-agosto de 1940, el Eje se hubiera ahorrado campañas de tanto desgaste como las campañas de Inglaterra, Grecia, Balcanes y, sobre todo, norte de África. Los ejércitos allí utilizados, perdidos o entretenidos —más de un millón de hombres y millares de carros, aviones y vehículos y millones de toneladas de munición, combustible y pertrechos— hubieran podido ser decisivos en el primer año de la campaña de Rusia... Que también habría sido amenazada por el sur. ¿Qué hubiera hecho Turquía en ese caso? No es disparatado suponer que se hubiese unido al Eje, con previsibles efectos nefastos para la URSS en el Cáucaso.

Estas hipótesis no dejan de ser historia virtual, pues lo ocurrido en el verano-otoño de 1940 tiene poco que ver con toda esa argumentación, pero no se trata de una fantasía actual, sino de planes manejados por Hitler y su OKW y desechados o pospuestos por razones, a veces, absurdas.

Cuando se firmó el armisticio de Compiègne, el 22 de junio, Hitler tenía la victoria al alcance de la mano, pero él creyó, sencillamente, que la guerra había terminado y, pese a los planes y dictámenes de sus consejeros, no logró ver la realidad y perdió absurdamente el tiempo, y sus decisiones, una tras otra, hicieron el juego a su único enemigo en liza, Winston Churchill. Al respecto, como comenta el historiador británico Michael Alpert, Churchill había estudiado bien a Hitler y estaba seguro de que cometería errores en la conducción de la guerra, por lo que bastaba esperarlos y aprovecharlos. Entre los expertos que vivieron aquel momento de la guerra, merece destacarse la opinión del general Weygand, el último comandante en jefe francés antes de la capitulación, expresada 3 semanas después de ésta al observar la inactividad alemana: «No estoy seguro de la victoria de Ingla-

terra, pero, desde luego, ya no creo en la de Alemania.» ¿Hubiera pensado lo mismo si a aquellas horas la marina británica hubiera sido expulsada del Mediterráneo?

Más contundente es aún el análisis del mencionado vicealmirante Ruge:

Hitler [...] no tenía ni la menor idea de cómo debería proceder ulteriormente; en todo caso, no hizo nada para examinar la situación con sus consejeros políticos y militares ni antes de la campaña, ni durante las semanas en que ya era visible la derrota francesa [...] Estaba persuadido de que la guerra se ganaría pronto y hacía proyectos para discursos de victoria y entradas triunfales, en vez de planes para el curso de la guerra y para desarrollar su relación con Francia. Así, desaprovechó el armisticio y permitió que se creara un vacío político-militar en el verano de 1940, con completo desconocimiento de la fuerza que conservaba en sus manos el adversario [...] Alemania ya no recuperaría los meses desperdiciados en el verano de 1940. Fue entonces cuando los alemanes perdieron la guerra: con el ejército inactivo, la aviación sufriendo su Verdún (en la batalla de Inglaterra) y el Gobierno descuidando dirigir exclusivamente todo el peso de la política, del armamento, de la lucha, incluidos los italianos, contra la posición marítima de Inglaterra [*Der Seekrieg*].

Pero, ¿por qué Hitler no fue capaz de aprovechar la oportunidad, que sus asesores le pusieron ante las narices?

- Primero, porque no había previsto la situación.
- Segundo, porque su interés primordial se hallaba en la expansión hacia el este y en la consecución de algunas colonias africanas, por lo pronto las que habían sido alemanas hasta su derrota en la Gran Guerra (Mittelafrika Projekt pertenecía al grupo de las aspiraciones nazis a largo plazo). Eso requería, primero, paz con Londres para tener las manos libres frente a la URSS y, respecto a las colonias, acuerdo con Inglaterra porque sin el dominio del

mar los intereses africanos del Reich serían irrealizables. En Hendaya le habló a Franco de este asunto, fantaseando sobre las posibilidades de penetrar en el corazón de África para expulsar a los británicos de sus colonias mediante ejércitos blindados, partiendo de la fachada norte del continente, y Franco le replicó con buen criterio:

[La penetración] hasta la frontera del desierto es posible, pero el África central seguirá protegida por la banda desértica contra todos los grandes avances terrestres, exactamente como una isla por el mar. Yo he combatido mucho en África y sé lo que digo [*Historia controvertida de la Segunda Guerra Mundial*].

- Tercero, porque aquel proyecto hubiera destrozado al Imperio británico, «un factor importante de equilibrio en el mundo», en palabras de Hitler, y lo hubiera destruido como potencia colonial, cuestión que el líder nazi, imbuido en la supremacía blanca, no estaba interesado, sobre todo, como le comentó a Göbbels, porque sus restos no terminarían en manos alemanas, sino en poder norteamericano, japonés o soviético.

Realmente, son poco creíbles tales principios en aquel personaje; es mucho más plausible que lo que realmente pretendía era la sumisión británica, bajo un gobierno títere, por ejemplo como el del Quisling en Noruega. Según Churchill, la de Hitler

[...] no era una oferta de paz, sino un intento de lograr que Gran Bretaña renunciara a todo aquello por cuya defensa había entrado en guerra» [*La Segunda Guerra Mundial*].

O, como recoge el historiador Ian Kershaw,

Inglaterra se convertiría en un estado vasallo del imperio de Hitler [...] Se formaría, sin duda, un gobierno proalemán para hacer la paz y para que pudiese presentar a una nación destrozada o hambrienta una defen-

sa casi irresistible de la sumisión absoluta a la voluntad nazi» [carta de Roosevelt, 18 de junio de 1940].

- Cuarto, porque hubiera brindado un peso extraordinario en la guerra al aliado italiano —cargado de ambiciones imperialistas, tanto en África como en el sur de Europa— hacia el que Hitler sostenía opiniones, en general despectivas, según ya se ha dicho.

- Quinto, y último, respecto de España, porque no quería repartir el pastel africano con Franco, de cuya capacidad desconfiaba, ni proporcionarle la gran cantidad de medios militares y suministros de todo tipo, imprescindibles para que el aliado español hubiera podido ser operativamente útil.

Con todo, la superioridad alemana aún era abismal en el otoño de 1940 y, quizá, el Plan Félix y sus prometedores resultados aún hubiera sido posible entonces e, incluso, Hitler lo intentó tímidamente cuando advirtió que no tenía otra solución que apoyar a Italia en la campaña de Grecia para evitar su derrota. El 19 de noviembre recibió a Serrano Suñer en Berchtesgaden y le expuso el Plan Félix, incluso le adelantó que se estaba formando el grupo de combate motorizado Gross Deutschland, que recibiría el adiestramiento adecuado para tomar la base de Gibraltar. Pero nada logró del ministro español, que tenía órdenes muy concretas de cerrarse en banda si Hitler no aceptaba las demandas coloniales españolas ni satisfacía sus necesidades alimenticias y armamentísticas.

En el curso de esta conversación, Hitler manifestó a Serrano su preocupación por la posibilidad de que Londres estuviera pensando un ataque por sorpresa contra las Canarias. Según el historiador Víctor Morales Lezcano, el Führer dijo: «Hay que poner antiaéreos en los aeródromos de Canarias, y llevar allí a los Stu-

kas, única manera de alejar definitivamente de las islas a la escuadra enemiga.» A lo que Serrano Suñer respondió, con evidente exageración: «Hay en el archipiélago guarniciones de tanta calidad que si el momento llega, harán de cada isla un alcázar.»

Madrid aún creía que el Eje podría ganar la guerra, pero Franco y sus consejeros consideraban que no sería ya un paseo militar: lo ocurrido en los cielos británicos, en Tarento y en Grecia evidenciaba las limitaciones alemanas y, sobre todo, las italianas. Pero Hitler no estaba dispuesto a conceder nada y, como siempre que tropezaba con un obstáculo, buscaba la mejor manera de soslayarlo o de olvidarlo. Archivó, por el momento, el Plan Félix y se ocupó de activar los preparativos militares contra la URSS, la inminente campaña contra Grecia, la confrontación con Inglaterra, los problemas que suscitaba la inestabilidad balcánica y, a mediados de diciembre, la desastrosa actuación italiana en el norte de África, cuyas tropas fueron aplastadas por los británicos en Sidi-Barrani... De pronto, sin haber resuelto el problema británico, Hitler se halló implicado militarmente en ambas riberas del Mediterráneo y eso mientras preparaba su ofensiva contra la URSS.

Las expectativas alemanas de una victoria inmediata se esfumaron. Aún volvió sobre el Plan Félix en diciembre, pero el almirante Canaris no pudo convencer a Franco de que abriera la frontera, el 8 de febrero de 1941, a un ejército especializado al mando del mariscal Reichenau. Se trataba de cinco divisiones blindadas o mecanizadas y una de montaña, acompañadas por 200 cañones pesados, un mortero Thor (que lanzaba proyectiles de 2.200 kilos), una brigada de fuerzas especiales —que con un centenar de lanchas fueraborda asaltaría el Peñón desde el mar— y todo ello bajo el apoyo de 200 Stukas de bombardeo en picado y un centenar de cazas. Pero era tarde. Franco ya estaba al corriente de la Ley de Préstamo y Arriendo y rechazaba el tremendo riesgo de la guerra si no se satisfacían todas sus demandas.

Hitler encomendó a Mussolini la misión de convencer a Franco y es muy posible que lo hubiera podido conseguir durante la entrevista de Bordighera si se hubiese empleado a fondo, pasando las cuentas del apoyo que le había prestado durante la Guerra Civil y ofreciéndole algo de lo mucho que España necesitaba... No lo hizo y siempre se ha pensado que eso se debió a la propia insensatez de Mussolini respecto de la verdadera fuerza de Italia y a su deseo de no compartir el control de la política mediterránea. El Duce suponía, con todo fundamento, que tendría que llegar a cierto reparto con Franco y temía, sobre todo, que si Hitler controlaba Gibraltar, lo convertiría irremisiblemente en un mero comparsa también en el Mare Nostrum.

Uno de los curiosos pretextos que Franco le dio a Mussolini para rechazar la propuesta alemana fue que Gibraltar era una espina histórica que tendrían que quitarse los propios españoles... Al respecto, Hitler le comentó, divertido, a Mussolini: «La declaración de Franco de que el ataque a Gibraltar lo deberían realizar tropas españolas, debe ser tomada sólo como un medio gracioso de exagerar la fuerza y el potencial ofensivo del ejército español.» Hitler se equivocaba al juzgar al taimado Franco: aquel argumento era un pretexto para no implicarse, vistos los desastres italianos en Grecia, Libia y el Mediterráneo... Eso no hubiera ocurrido si el ejército de Reichenau hubiese estado listo para intervenir a finales de junio de 1940.

El Plan Félix aún daría nuevos coletazos, con una u otra forma, pero ya era demasiado tarde.